

XII

En la noche de aquel mismo día, don Benigno se dirigió á casa de Lucía.

Ocupaba ésta un pequeño, pero suntuoso, palacio, situado en la calle de Alcalá, cerca ya de la salida del Prado, bañado de sol en el invierno y de sombra en el verano.

Después de la gran puerta de entrada, había una verja que llevaba á un reducido jardín, dentro del cual se alzaba la casa con su fachada blanca y graciosa y sus ventanas con persianas verdes.

No se oía allí ni ruido incómodo de coches y de vendedores, ni ninguno de esos importunos rumores de las ciudades populosas que la clase media sufre y que el rico no conoce.

Porque para la clase media son todas las desventajas de las grandes ciudades, y para los opulentos todos sus placeres.

Lucía no estaba, ni había estado nunca, en la clase media: de aldeana había pasado á la indigente posición del que vive con el trabajo de sus manos, y después, sin transición alguna, á todos los refinamientos del lujo.

Como queda dicho, reinaba en su casa un aristocrático silencio.

En la verja ardían cuatro grandes faroles que iluminaban el jardín con su clara luz.

Un criado que se hallaba sentado á la puerta se levantó políticamente y preguntó á don Benigno lo que se le ofrecía.

—Quisiera ver á la señora,—respondió el sacerdote.

—¿A la señorita Lucía?

—Justamente.

—Pasaré la tarjeta de usted, y, entre tanto, puede esperar en el jardín, donde hallará asientos y fresco, pues ya empieza á sentirse el calor.

Don Benigno se sentó en un banco de césped. La noche estaba hermosa; era una de esas noches estrelladas de Mayo: las flores exhalaban sus perfumes mecidas por la brisa fresca y suave, y el ruiseñor, ese huésped de la primavera, cantaba entre los árboles.

El vicario cayó en una profunda meditación: alzó al cielo sus ojos, y se sintió humillado más que nunca ante la impenetrable grandeza de los designios de Dios.

El crimen de un padre había arrojado á aquella joven de su hogar.

Débil y culpable ella á su vez, había venido á hallarse en el seno del lujo y de los placeres.

¿Encontraría en ellos la felicidad?

¿Disfrutaría esa dicha que se cree unida estrechamente á los goces de la riqueza?

¡No!

Cuando no hay en el alma de la mujer instintos de rectitud y religión, podrá embriagarse algunos instantes; pero la conciencia, alerta siempre, recobrará en otros su imperio, y su voz resonará en sus oídos.

En medio de aquel jardín delicioso, de aquellos perfumes, de aquel ambiente; á la vista de aquella morada encantadora, el regente de la parroquia de Cabañas compadecía profundamente á Lucía.

El criado volvió á buscarle, rogándole que le siguiese.

Ambos entraron en el palacio. Desde la primera antesala se hallaba ya todo elegantemente iluminado con lámparas que tenían globos de cristal blanco: cada lámpara salía de una maceta de flores.

Atravesaron dos antecámaras y llegaron á un saloncito, obra maestra de gusto y de coquetería.

Hallábase vestido de seda azul celeste con ramos de margaritas del campo; dos inmensos espejos reflejaban las bujías que ardían sobre dos mesas doradas con tableros de piedra blanca; la sillería era azul celeste, de seda, y el pavimento de marmolillos blancos con ligeros filetes negros y sin ningún dibujo.

Ante las dos ventanas caían cortinas de seda azul y muselina blanca.

Lucía se hallaba sola y recostada en un pequeño y cómodo diván de seda azul.

Al ver entrar al párroco, se levantó y dió algunos pasos para salirle al encuentro.

Aunque era tan conocida para don Benigno, éste quedó admirado del nuevo aspecto que Lucía presentaba.

Sus formas, algo adelgazadas por el clima de la corte y por la distinta vida que en ella hacía, habían adquirido una esbeltez encantadora; su tez parecía más blanca, por efecto de la falta de aire y de sol, y tal vez merced á la influencia de alguna maravillosa agua de tocador.

Toda su belleza tenía un tinte de gracia, de distinción, de delicadeza que la hacía doblemente interesante que antes; después de todo esto, su traje era de la elegancia más exquisita; un vestido de seda color claro, algunos encajes blancos de gran precio, algunos brillantes: he aquí lo que le constituía; sus cabellos se recogían en gruesas trenzas negras detrás de su cabeza, sujetos por una larga aguja de brillantes.

En suma: todo lo que había en Lucía de la aldeana había desaparecido, quedando una joven de maravillosa y delicada belleza.

—¡Ah, don Benigno! ¡Cuánto me alegro de ver á usted!—exclamó besando la mano del vicario y estrechándosela después con una efusión llena de respeto;—pero ¿cómo ha sabido usted dónde estaba?

—Soy tío del Conde de Revilla, hija mía,—respondió el vicario sentándose al lado de la joven.

—¿De Federico?

—Él mismo me dió las señas de tu habitación.

—¿Y mi padre? ¿y mi hermana Teresa?—preguntó Lucía, á cuyas mejillas había subido el doloroso carmín de la vergüenza.

—Están aquí.

—¿Aquí?—repitió Lucía palideciendo á la idea de estar tan cerca de su padre;—¿y desde cuándo?

—Han llegado conmigo hace dos días de nuestra aldea.

—¿Y sabe mi padre dónde estoy?—preguntó Lucía con terror.

—Nada temas: aún no lo sabe.

—¡Ah! ¡Qué ingrata soy!—exclamó la joven.—¿Y mi madre? ¿y mi pobre y desgraciada madre?

—Ya es más dichosa que tú, Lucía.

—¿Qué dice usted?

—Ya está en el cielo.

—¡Ha muerto!—exclamó Lucía, á cuyos ojos no acudió el raudal del llanto que el sacerdote esperaba y quería ver.—¡Ha muerto! ¡Y yo no le llevo luto! ¡Y nada sabía!

—Tú renegaste de ella.

—¡Si usted supiera por qué huí...!

—Lo sé; pero en tanto que estuviste bajo su mismo techo, fuiste también para ella desnaturalizada y dura.

Lucía bajó la cabeza, y entonces solamente corrieron dos lágrimas por sus mejillas.

—Tu padre está muy pobre—continuó don

Benigno,—y tu infeliz y angelical hermana Teresa se ha puesto ayer de aprendiz en un taller de modista. Nada poseen en el mundo: lo que restaba á tu padre se lo ha llevado Braulia, que ha huído.

—¡Justicia de Dios!—exclamó Lucía alzando al cielo sus ojos.

—Acuérdate de esas palabras—repuso el vicario.—La justicia de Dios es inmutable y recta: aun en esta vida hay castigo para el culpable y recompensa para el bueno.

—¿No podré ver á mi padre?—preguntó la joven con timidez.

—Hoy no; pero podrás despedirte de él antes de que emprenda su viaje á Roma.

—¿Va á Roma?

—A echarse á los pies del Papa, para que le imponga la penitencia de su pecado y le absuelva de él.

Lucía se estremeció.

—¿Y Antonio?—preguntó don Benigno;—¿le ves?

—Sólo viene alguna vez á pedirme dinero cuando lo necesita—dijo la joven con voz trémula:—su crueldad, su mala vida me han traído al precipicio en que estoy.

—¿Pensabas acaso que el hermano que te animó á salir de la casa paterna había de ser para tí noble y bueno? ¡Pensamiento vano! No esperes jamás hallar el bien en el fondo del mal, sea cual-

quiera la forma de que aquél esté revestido. Ahora escucha: como tú has dicho, estás en un precipicio; pero tienes dos medios de salir de él: el uno es volver á la aldea y allí trabajar modesta y silenciosamente, expiando tus faltas y mereciendo de nuevo la estimación de todos.

—¡Volver al pueblo! ¡Al trabajo, al desprecio general!—exclamó Lucía levantándose y retrocediendo dos pasos con horror.—¡Imposible, señor, imposible! ¡Antes morir!

—El otro medio te parecerá mejor—dijo don Benigno:—cásate con Federico.

—¡Casarme con él! ¡Ah, si esto fuera posible! Pero yo, pobre aldeana, ¿cómo puedo esperar semejante dicha?

—Nada más fácil, supuesto que él lo desea.

—¿Federico lo desea?

—Sí.

—¡Eso no es cierto! ¡Usted me engaña, señor!—exclamó la joven sentándose de nuevo al lado del vicario y mirándole enajenada.

—Te digo la verdad.

—¿Federico desea casarse conmigo?

—Sí, te lo repito.

—¡Pero Federico tiene madre! Una madre muy dura, según me han dicho, y que nunca lo consentirá.

—Su madre lo consiente.

—¡Será posible!

Y Lucía, agobiada con el peso de aquella re-

velación, quedó inmóvil y sin poder añadir una sola palabra más.

—Y, sin embargo, pobre hija mía —prosiguió el sacerdote, —yo que te amo paternalmente; yo que deseo tu felicidad, te aconsejaré que, de los dos medios, elijas el primero.

Lucía contempló á don Benigno casi con compasión.

Temía que se hubiera vuelto loco.

—¿Con que usted optaría por volver á la aldea? —preguntó.

—Sí, y te aconsejo que lo hagas, porque en la aldea tendrás paz y felicidad, en tanto que ese enlace no te proporcionará la una ni la otra.

—No es probable que esto suceda.

—Pues yo estoy muy seguro de que sucederá.

—¡Señor, Federico me ama! —dijo Lucía.

—Eso mismo me ha dicho él.

—¿Ha procurado usted disuadirle de que se case conmigo?

—Sí.

—¿Y qué ha contestado?

—Que no le hable de semejante cosa.

—¡Ah! ¡bendito sea Dios! —exclamó la joven uniendo sus manos y elevando al cielo sus ojos con una apasionada gratitud: —¡cuán grande es su bondad!

—No se llega al bien por el camino del mal, mi pobre Lucía —observó tristemente el vicario: —si te casas, formarás parte de esas gentes cuyo

exterior causa envidia á todos y cuyo interior es tan infeliz.

—Ya he dicho á usted que amo á Federico; que le amo con pasión, y además, tengo la firme intención de ser buena.

—Lo que no impedirá que seas muy desgraciada.

—Al lado de Federico no temo el dolor, padre mío.

—¿De modo que estás resuelta á casarte con él?

—Completamente resuelta.

—De ese modo, dentro de quince días serás la Condesa de Revilla.

El venerable párroco salió.

Lucía se entregó á un acceso de alegría insensata: empezó á bailar, á cantar, á batir las palmas y á reír.

Al ruido, entró su doncella y la miró asombrada, creyendo que se había vuelto loca.

—¡Pepa, Pepa! ¡Dentro de quince días seré la Condesa de Revilla! —gritó, arrojándose al cuello de la joven.

—¿De veras?

—¡Me caso, Pepa, me caso!

—¿Con el señor Conde?

—¡Sin dudal ¡Ya ves! ¡Voy á ser Condesa!

—¡En verdad, señorita, que es una suerte extraordinaria! —exclamó Pepa. —No la tuve yo así...

—¿Tú?

—Y eso que me dió palabra de llevarme ante el altar un señorito de una casa donde servía.

—¿Sí?

—Y me puso un cuarto muy bonito.

—¡Hola!

—Pero al poco tiempo, y cuando más enamorado le creía, desapareció y no le he visto más

—¡Qué picardía!

—¡Usted sí que es dichosa!

El carmín de la cólera subió á las mejillas de Lucía al considerar que su doncella osaba compararse con ella; pero á la vez reflexionó también que ella era entonces muy inferior á Pepa, porque ésta ganaba honradamente su vida.

—¿Pues no decían que tenía madre el señorito? —preguntó la camarera.

—La tiene, en efecto.

—¿Y no se opone á su boda con usted?

—No.

—¡Es cosa rara! —dijo Pepa:— ¡un casamiento tan desigual! Todos les sientan mal á las madres; pero éste es doblemente extraño que le parezca bien á la Condesa.

Lucía despidió á su doncella temiendo que no podría soportar por más tiempo sus impertinencias; desnudóse sola, y se metió en su lecho de encajes y batista.

Mil hermosos y dorados sueños revoloteaban entre las cortinas de su cama; pero la plegaria de gracias no acudió á sus labios.

En el alma débil de Lucía no había ideas muy sólidas de religión, y sólo las penas debían despertar la idea de Dios en toda su espléndida y majestuosa grandeza, en toda su augusta majestad y poderío.